

Lenguas desterradas o la boca llena de tierra: el armenio occidental y el armenio oriental

*“Morder la lengua*

*Tragar profundamente. Más profundamente.*

*Tragar. Todavía más.*

*Hasta que no haya más órgano.*

*No más órgano.*

*Llora.”*

*Theresa Hak Kyung Cha, “Dictee”*

Los chicos del barrio me llamaban desde la vereda: “-¿venís a jugar?” Y yo me mordía la lengua. La tragaba hasta no poder contestar: no juego porque no sos armenio. No contestaba porque pronto sentía vergüenza. ¿Acaso la lengua del exilio es una lengua de la vergüenza? Algo se encogía, se sofocaba; el sonrojo. Hablaba en castellano para no expresar ese pudor. Entonces respondía: es tarde, o llueve, o hace calor, o tengo que estudiar. El castellano llegaba para aliviar una tensión. El castellano era el cobijo alivante de la mentira. No se trataba de traducir, se trataba de vaciar las palabras. Cuando cerraba la puerta, adentro, en la casa, no contaba en ninguna lengua acerca de la invitación de los chicos de la cuadra. Adentro era recomponer el cuerpo, era enderezarme, como si me dispusiera a participar de una cierta épica. Adentro era esa especie de amamantamiento de un niña. Era ese dolor que espera a ser absorbido, era hacer crecer una niña dentro de mí. Una niña en postura soldadesca que acomodaba sus escudos en el fondo de la casa. Rezaba por las noches el padre nuestro en armenio, pero no recuerdo en qué lengua soñaba.

Quizás en una lengua suelta, ésa que en el interior de la noche me destragaba.

Vivía en una calle que se llamaba Armenia, escrita así en alfabeto latino. El otro alfabeto, el de las treinta y tres letras lo atesoraba para la fantasía de poseer. Porque lo que quería era apropiarme de una exuberancia que vaciara el silencio. Velos, cafés, canela, vodka y velos y mi abuela cosiéndose sus propios corpiños y el bracerero y el queso de cabra.

Un día, pasados ya muchos y muchos días de esos de los patios y del barrio, fui a Armenia. No la del alfabeto latino; la que se llega luego de atravesar trece mil trescientos ochenta y cuatro kilómetros desde Buenos Aires. Visito un monasterio en las afueras de la capital, subo por precipicios escarpados, una serie de montañas. En las puertas del monasterio un hombre vende café recién preparado. Me ofrece uno. Yo le digo que no llevo la billetera conmigo. No, responde, “-vos no tenés que pagar nada aquí, aquí es todo tuyo; guardá el pagar para otro territorio”.

¿Acaso la lengua del exilio es la lengua del pago, de la retribución? Calcular cuánto cuesta dejar de hablar el idioma de los olores, de la vibración del abrazo de una abuela. Materialismo. Reconvertir la lengua a su pura materialidad. Deshacer el alma de la lengua: mirar a la cámara como devenir pornográfico y hablar y escribir midiendo hasta dónde y cómo se producirá la culminación, ese espasmo que pruebe lo que insemina.

Una segunda lengua.

¿Cuál?

Segregar saliva. Los armenios del país de Armenia hablan y me miran a los ojos, yo me detengo en las manos. Como sordomuda trato de entrever en cada gesto: una pulsación. La b es p, la d es t, y al revés: la p es b, la t es d. Si la fuerza del aire en la boca es invertida, el motor, el sistema propulsor está dado vueltas. La terminación de los verbos es diversa, otra la ortografía. Dificultad para leer un texto, un libro. Dificultad para leernos. La Primera República de Armenia, aquella que nació justo después del genocidio, en el año 1918 y finalizó en el año 1922, fue reemplazada por la

Segunda República. La revolución bolchevique construyó la Segunda República que duró hasta el año 1991. Modos en el Cáucaso Sur de crear la hermandad del *homo sovieticus*. Entonces el ruso era la lengua franca.

Es el año 2010, ya hacía once de la Tercera República, los soviéticos habían caído. Lo que no había desaparecido eran los productos con nombres rusos en los supermercados. Lo que no había desaparecido eran los libros en ruso en las librerías. Y el acento entre conspiración y sospecha, y el tono de persecución, marcial.

Una segunda lengua.

Yo hablaba una lengua que quedó pegada a los huesos calcinados del desierto sirio. Una lengua que floreció en el Líbano, cuando era el único lugar de la diáspora que tenía editoriales de textos en armenio occidental. Una lengua ígnea que en Estambul hablan en voz baja, muy baja. Una lengua que me despoja de tierra.

No el castellano, o el francés, o el inglés: el armenio oriental como segunda lengua para el armenio occidental. No una segunda lengua, una lengua del desencanto. Una lengua que dice del no regreso de los diaspóricos, del no encuentro. De una Madre (patria) que pregunta ¿y vos, de dónde sos? ¿Cómo sería una madre que preguntara un origen fuera de su origen? Como volver a una madre que sólo reconociera a sus hijos por su rostro y no por aquello que dice, que habla. Hija silenciosa de una madre que arropa sólo al devolverme a la otra lengua. Una expulsión en contracciones desde el estómago a través de la boca.

Vomitara la lengua que había tragado para vivir como verdadera argentina.

Mi primera lengua.

¿Materna? La que usaba en la calle para decir secretos y en la casa para insultar o para nombrar la genitalidad. Si se usaba esa lengua era menos cuerpo, era el decir que venía contado y, por eso mismo, formaba parte de una tradición legendaria. Cuerpo que devenía leyenda.

No una lengua que hubiera muerto y resurgido, porque resurrección es corporalidad. Sino un recorrido desvariado, loco: no estar en el lugar

nombrado, nombrar donde no se está. Buscar refugio en la tercera lengua. La lengua de adopción, donde hay cuerpo, pero no hay huellas, marcas, hilvanes de relatos. En ella se puede decir todo. Ella sí tiene cuerpo, aunque cuerpo anestesiado.

Espacio a intervenir.

Campo de operaciones.

Habría que penetrar esa lengua, más adentro, más al fondo, hasta que sienta, hasta tocarme el alma.

¿Pero el alma, dónde?

El segundo sábado de cada octubre se celebra en Armenia el día de los Santos Traductores en honor a Sahág Bartév y Mesrób Mashtóts.

En el último piso del museo Cafesjian Center en Ereván, ese museo al aire libre que constituye el complejo escultórico La Cascada, se encuentra la obra de Grigor Khanjyan: la historia armenia resumida en un tríptico que cuenta con el “Alfabeto armenio” la “Batalla de Vartanants” y el “Renacimiento de Armenia”. De modo tal que la lengua y el alfabeto integran el entramado simbólico constituyente armenio, junto con la religión (batalla de Vartanants) y la tierra (el Renacimiento pintado en forma de un niño en brazos de su madre- tierra).

San Mesrób Mashtóts en el año 405 ve unos caracteres mientras reza. Así comienza la traducción de la Biblia, con la invención de un alfabeto que tenía 36 letras de las cuales siete eran vocales. Todas las letras se escribían en mayúscula. En la Edad Media se generaliza el uso de las minúsculas y se introducen otras dos nuevas letras, una vocal y una consonante.

Mesrób Mashtóts a principios del siglo V. Treinta y seis letras, siete vocales, veintinueve consonantes. Más tarde se suman dos letras nuevas. Con sustantivos que no tienen géneros, que se modifican según sus funciones en la oración. Siete declinaciones. Vocativo. Nominativo. Genitivo. Dativo. Ablativo. Instrumental. Y una posibilidad ilimitada para formar palabras compuestas, componiendo o derivando, incorporando prefijos o sufijos, o ambos, a vocablos simples o compuestos.

El “habla de adobes hambrientos”<sup>1</sup> es un idioma indoeuropeo que hace de la traducción una nueva forma de nacionalidad. Traducir el continuo. La lengua se escribe de izquierda a derecha y posee dos vertientes: el armenio oriental, utilizado en Armenia, Rusia, Persia y el armenio occidental que rige en Turquía, Líbano, Europa y América.

Lo armenio constituye un caso paradigmático de una topografía atomizada, de una discontinuidad territorial e inacabada, inacabada en el sentido de no intacta, de no entera. Y esa situación que puede vivirse como un drama de separación, puede leerse también como esa manera encrespada del nomadismo contemporáneo. Si el siglo anterior fue dominado por las sociedades nacionales, nuestros días, aún desde la ubicuidad virtual, pone en crítica el precepto de fronteras abanderadas. No sólo desandar el recelo monolingüe que exclama: mi lengua es mi raíz. Sino más bien, hacer pasar el frotamiento de las lenguas. Desubicar el camino de la diáspora como colectivo de proximidad o distancia, esa ruta que apresa la comunicación a un punto.

Juntar las voces del armenio oriental con el occidental implica romper el vínculo con una metafísica del exilio, para pensar en una extraterritorialidad fecunda. Implica reflexionar en términos de la antillanidad o de la creolización en relación a los lazos con lo otro. Concebir de modo tal el archipiélago donde las islas se conjuguen sin la prédica hegemónica de una centralidad y una colonia. ¿Porque qué es una diáspora sino una especie de colonialismo sometido al designio del estado- nación central?

Aúnar las diversas voces armenias no es acercarlas en la distancia, sino asumir sus respectivas condiciones aisladas pero homogéneas en la edificación cultural. Cuando digo “diversas” me refiero a entender el archipiélago armenio aún desde la expresión de otras lenguas. Islas multilingües cuyo visado requiere de traducciones admite la diversidad de la escritura, pero no según una política de integración desde la ley de un estado que configure un dominio simbólico. Reivindicar lo babélico de las

---

<sup>1</sup> Mandelstam, Osip. Op. cit.

islas es no necesitar un Ministerio de la Diáspora porque no hay modo de alinear una poética.

En el caso de otras diásporas la relación es menos conflictiva, las palabras, los nombres definen la comunidad más allá de la autoctonía: hablar de escritores judíos no es lo mismo que hablar de escritores israelíes. Sin embargo, para el caso armenio tenemos sólo un gentilicio. Cuando calificamos de “armenio” a un escritor hay un territorio que se desliza, hay una institución religiosa, política, administrativa detrás de una lengua.

El capitalismo informativo dibuja un mapa que desdice las fronteras terrestres, absorbe la tierra en la información, construye data- ideologías y utiliza a las naciones para hacer pasar el poder de sus estamentos, ya sea reprimiendo (*potestas*) o afirmando su política (*potentia*). El data fascismo anuncia una cartografía aparentemente construida sobre una linealidad del tiempo, sobre una estructura sedentaria de la población para manejar a los colectivos que se siguen pensando desde un tiempo pasado, sea el capitalismo financiero o el neoliberalismo.

El territorio termina siendo una localización idílica de un tiempo donde la autoridad y la soberanía tenían una relación de correspondencia con el cuerpo geográfico. Las corporaciones y sus movimientos, sean mafiosos o dentro de los marcos legales, tienen como carta de fundación las infraestructuras tecnológicas difusivas. El modelo renacentista del saber está muerto, a éste le ha seguido el modelo fordista de la transmisión académica y de la lengua entendido como una cadena de producción de bienes académicos de masas. La pretensión de continuar en esta modalidad es sólo nostálgica. El colegio y la universidad ya no son el pilar de la identidad nacional, ni el instrumento ideológico del Estado nación y de sus aparatos. No sólo porque la educación en ellos ha caído en una instancia crítica, sino porque el Estado Nación es un concepto que se ha vaciado de sentido.

La educación ha sido instrumento del saber del capital, y ese capital está edificado sobre diferenciales de datos informativos. Enfrentarse con la historicidad significa despalzar la reflexión asumiendo las relaciones de

poder que definen nuestro tiempo. Una posición no unitaria y relacional de pensar la lengua en su multiversidad.

De tal manera que este tiempo no daría cuenta de una cultura única que se re- encontraría en estas dos voces, sino que se ubica en una consideración "trans". Prefijo de origen latino que significa detrás de, al otro lado de. Al otro lado de la lengua consiste en no buscar la coincidencia ni la apropiación, significa deslegitimar la posesión de una tradición única y un canon patrio.

Ana Arzoumanian